

## Examen de poetas

### Paul Valery, héroe de la inteligencia

Tres nombres estelares resumen toda la gloria de la poesía francesa posterior al simbolismo y al parnaso: Paul Valery, Paul Claudel y Paul Fort. Paul Valery, exponente máximo de la poética intelectualista, pertinaz domador de las dificultades estróficas, exigente arquitecto de la belleza idiomática, trabaja la poesía con una doble sabiduría de geómetra y de músico. Voluntariamente —poeta adrede— se ha situado en la vertiente de Mallarmé y de Racine: él mismo confiesa que su poesía se halla históricamente enraizada en esa tradición muy francesa que busca ante todo la lucidez conceptual, el dominio de arduidades verbales, la límpida profundidad, la perfecta construcción, la impecable e implacable línea de la belleza mental. Esta tendencia podría tener en castellano su posible equivalente en la escuela cordobesa —lo agudo, lo justo, lo estricto— que culmina en Góngora y pasa por Juan de Mena y antiguamente se expresa con Lucano. Paul Claudel, que mide sus versos según el ritmo de la respiración humana, es la gran voz mística de la Francia actual. Está en la misma orilla poética de Rimbaud y se prolonga en su acento delirante el de Esquilo y el de los libros bíblicos. Paul Fort, el magnífico artista de las “Baladas francesas”, brillante, tierno, certero, continúa la magia un poco trovadoresca de François Villon.

\* \* \*

Creo que hasta hoy, nadie ha formulado una cabal definición de la poesía. Se podría intentar esta aventura poniendo en torno a la zona en donde habita el misterio poético, su inefable esencia, una sutil frontera de insinuaciones y negaciones. Decir, por ejemplo: la poesía es inteligencia, es sensibilidad, es arte; pero el lugar común, la facilidad, son antipoéticos porque implican la negación de la inteligencia (antijuglarismo); pero la sensiblería excluye lo poético porque se opone a la sensibilidad; pero la banalidad lo excluye también porque se opone al arte. En los últimos



tiempos numerosos poetas de estatura universal han sentado plaza para ejercer magisterio de teorizantes ora con intención polémica, ora con simple finalidad expositiva. Así Valery, Claudel, Jules Romains, Marinetti, Duhamel, Royère, André Breton. Pero nadie ha colocado en torno al problema poético un cerco de indagación tan tenaz, un asedio tan firme y clarividente, como Paul Valery. En las sucesivas entregas de "Variété" en "Pièces sur l'art" en "Introduction a la Poétique", "Litterature", "Rhumbs", ha disertado con prosa trasparente y en perfecto equilibrio como la luz, sobre el origen de la creación poética. Transcribamos solamente, esta definición suya: "poesía pura es todo lo que permanece en el poema después de haberse eliminado todo lo que no es poesía". Una tesis. Un lema. Un programa. Pero como dice un personaje valeryano en "L'Idée fixe": "Mon cher, vous demandez la lune".

\* \* \*

Valery es esencialmente el poeta de la inteligencia. Sus héroes son los serenos héroes del poderío intelectual: Leonardo de Vinci, M. Teste, Eupalinos; "el solo tema tratado por Valery es la idea del drama intelectual, la única materia de su poesía es la descripción de los fenómenos mentales". Para él, "la gloria del poeta, es la anexión a la poesía del problema del conocimiento". El lúcido compás de la inteligencia presidiendo, exacto e impasible, la función del canto. Esta posición extremista ha colocado a Valery en un perpetuo y encendido clima de disputa. Allí se han cruzado las más agudas voces, amigas las unas, enemigas las otras, equidistantes las más. Bremond, Alain, Thibaudet, Hubert-Faubureau, Noulet, Souza. Se combate su aparato lógico. Su yerto didactismo. Su impavidez cerebral. En suma, su racionalismo poético. Me parece que aun hallándose muy distante del sistema valeryano no se puede menos de admirar este asombroso espectáculo de la inteligencia que es Paul Valery. Y de leer y releer —hechizados— a este gran poeta, uno de los mayores del mundo actual. Y que lo es aun a pesar, y tal vez en contra de sus teorías.

El autor del Cementerio marino, de la "Jeune parque", de las Odas, es también el poeta de la dificultad. Rechaza totalmente todos los estímulos poéticos que provienen de la sensibilidad: el sueño, el instinto, el entusiasmo, la inspiración, la intuición. Sobre ello ha insistido copiosamente en su obra. "Es necesario, dice, temerle siempre a entregarse a ese común error moderno de con-

fundir el sueño con la poesía". Encontraba indigno, y lo encuentro todavía, el escribir bajo el impulso del entusiasmo". Es antisentimental, antimístico, como se lo reprocha el abate Bremond. Y dice "todo lo que se relaciona con la poesía es difícil". Es necesario avanzar constantemente domando los obstáculos. Alguno observaba su coincidencia con la palabra bergsonianiana: "las cosas bellas son difíciles". Astucia tranquila. Paciencia laboriosa. "Difícil trabajo". Lúcido ejercicio. Mente despejada. Pulso infatigable. El mismo lo expresa en esta prodigiosa estrofa de "La palmera":

**"Patience, patience,  
patience dans l'azur!  
chaque atome de silence  
est la chance d'un fruit mur!  
Viendra l'heureuse surprise"...**

Millares de años de sangre humana, afinada por una tradición cultural milenaria también, tienen de vez en cuando su expresión final en un ejemplo estelar de hombre como Goethe, o Leonardo o Valery, el héroe de la inteligencia. Su poesía, como una flor última, final, altísima, se abre perfecta, inaccesible, allá, casi en el yerto azul. Casi estrella. Quieto temblor entre una infinita brisa.

E. C.

